

EL SEMBLANTE HUMANISTA DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ EN LA CONFIGURACIÓN DEL OPUS DEI

Carlos Sánchez Ilundain
cilundai@mixcoac.upmx.mx

La tesis de este trabajo es que el Opus Dei no sería lo que hoy es sin el talante humanista de Josemaría Escrivá de Balaguer. Dios quiso que naciera su Obra el 2 de octubre de 1928, y lo que este sacerdote de 26 años “vio” en ese momento, lo fue vistiendo, dándole forma, poco a poco, con los recursos de su formación en el humanismo, como jurista y teólogo, y con grandes dotes literarias. Estoy tocando el lado humano de esta realidad sobrenatural con la esperanza de llegar a entender un poco más el itinerario de esta institución de la Iglesia, aunque para lograrlo, tome algún atajo que, de momento, no nos deje vislumbrar enseguida el bosque a mostrar.

Hace unos años, poco antes de su muerte, el genetista francés Jérôme Lejeune¹, descubridor del síndrome Down, describía de forma gráfica, que el futuro del hombre se encontraba desde el primer momento de la concepción en la “estructura” del DNA, enrollado, como una película, y que no se podía manipular esa historia, que ya estaba impresa, despreciando la libertad de ese ser humano real. Estas cosas no las ve un científico a secas; las ve un científico que, además, es un gran humanista.

Lejeune, buen científico y humanista, me dedicó en latín, en cierta ocasión, un libro con la leyenda “ut semper”, indicándome que su amistad y su estudio se unían en lo que de eterno tienen las cosas: su verdad. Por ella tuvo que sufrir el desprecio de muchos, pero la libertad ganada a cambio le remontaba en su pensamiento hasta las alturas.

Cuento este incidente porque, en lo biológico, los genes guardan en su origen el secreto de lo humano, escrito, que ahora tratan de desvelar en el proyecto “genoma”. Y en las raíces de la cultura se halla también el secreto del hombre y de su felicidad, que también todos tratan de descifrar. Para ir a las raíces de algo se necesita de un talante humanista que pregunta por el origen de una palabra y sus variaciones en los textos; cuando se pierde este talante, se corre el peligro de que se pierda también el hombre, como en las manipulaciones genéticas pretendidas por algunos, como en los avances de las nuevas tecnologías.

Pues bien, la forma que hoy tiene el Opus Dei, se debe a lo que Dios le hizo ver a un hombre, que lo encarnó en su talante humanista, y le empuja a encontrar las explicaciones sobre el hombre, yéndose al principio, en las primeras palabras de la Biblia, dadas por su mismo Autor.

¹ 25th Anniversary: Congress on the Humanae Vitae, Omaha, Nebraska, 1993.

Ahí descubre algo sensacional. Que el hombre había sido hecho “ut operaretur”, para trabajar. Que esa era su vocación humana, natural. Y que, por lo tanto, el hombre alcanza su plenitud, trabajando. Miles habían pasado por esas mismas palabras iniciales sin calar la hondura de su significado, al punto de malentender el trabajo como una carga fastidiosa, hecho a cambio de paga, convirtiéndolo así más en una “cosa”, en una mercancía, que en una tarea propia para el hombre.

Este descubrimiento en el Antiguo Testamento le lleva a cotejarlo en el Nuevo, y se fija en la vida misma de Jesús y de sus padres. Otro descubrimiento: los padres de Jesús, y él mismo, pasaron toda su vida trabajando.

La luz de esta realidad cuadraba perfectamente con lo que Josemaría Escrivá había visto en 1928: que todos los hombres estaban llamados a la santidad, que no era cosa para unos pocos. Y que la santidad era posible haciendo lo que desde el principio se había estatuido. Y ahí estaba la muestra: las personas más perfectas de la historia, María y José, habían alcanzado su plenitud mediante el trabajo ordinario, sin milagros, viviendo en matrimonio, en el seno de una familia. Luego estas realidades eran santificables y santificantes.

Faltaba un paso más. Había que asomarse de nuevo a los orígenes, a la vida de quienes oyeron las palabras de Jesús de primera mano, a la vida de los primeros cristianos. Y los encontramos a todos haciendo vida de familia, como ciudadanos normales, trabajando y queriéndose, y contando a los demás la “buena nueva”.

Es así como a partir de estos datos originales, se va plasmando la esencia de la espiritualidad del Opus Dei, consistente en santificar todo trabajo noble en medio del mundo, y su giro como institución es recordárselo a las gentes, en un tiempo en que se va perdiendo la dimensión y la sensibilidad de lo ordinario.

Restaurar todas las cosas

La frase es vieja, arrancada de las enseñanzas de san Pablo a los primeros cristianos, a quienes Josemaría Escrivá estudia y medita. “Restaurar todas las cosas en Cristo”² es un deseo universal referido a la realidad entera de la Creación: personas y cosas. Tal vez por eso le gustaba repetir esta frase al fundador del Opus Dei, para referirse, con espíritu universal, al mundo entero, y a la necesidad de “liberar a la creación entera del desorden”³. El orden consiste en alinear cada cosa con su fin. Su pedagogía no quería cambiar al hombre. Se trataba de restituirle su grandeza original. Dios hizo todo bien, especialmente el hombre. Paul Claudel decía: “la cuestión no es de quién hemos nacido, sino para quién”⁴. Como veremos, ahí se encierra el sentido profundo de la educación. Sin embargo, cuando se pierde el fin se desfigura el ser, y aparecen las crisis, que debemos verlas como una consecuencia de haber malgastado los recursos que se nos dieron al principio para manejarnos felizmente en esta tierra: el matrimonio, la familia y la fe.

² Eph. 1, 5.

³ J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 65.

⁴ Claudel, Paul. *Le père humilié*.

Restaurar es devolver a una cosa su esplendor original. Para el hombre, nos dice Ratzinger, bien es parecerse a la imagen que Dios tiene del hombre⁵; esto implica un proceso trabajoso de restauración permanente hasta lograr ese esplendor original. Educar, entonces, es obedecer el plan maestro, que se puede conocer porque *somos* por participación, pues dentro de cada ser hay “un algo divino” que cada quien debe buscar, como decía el beato Josemaría en Pamplona⁶ durante mis tiempos de universitario.

Otto Dürr nos dice que educar es convertir la libertad natural en libertad moral⁷; este movimiento de lo natural a lo moral se realiza sin dejar nunca de la mano a la libertad y sin destruir lo natural. No nos podemos salir de la libertad si queremos hablar de educación. Está bien que los expertos recomienden elevar los niveles educativos cuando quieren mejorar el desarrollo de un pueblo, pero si queremos de verdad comprobar su eficacia, se debe volver la mirada al estado y ejercicio de las libertades en el país. Esa es la piedra de toque. Podríamos decir entonces que educación es el encuentro de dos libertades en la verdad.

Asimismo, la libertad moral no es un estadio más avanzado de la libertad natural, sino el cumplimiento de la misma en su plenitud.

Por eso, muchos piensan que el principal sustrato de la revolución francesa no fue *El contrato social* de Rousseau, sino su otro texto *El Emilio*, que andaba en todas las casas, y en el que se hace una propuesta educativa para cambiar al hombre, intentando romper la identidad entre lo natural y lo moral, principio de mil desórdenes. No se entendía entonces lo que tantas veces solía repetir Mons. Escrivá: que “la única libertad que salva al hombre es cristiana”⁸, que la libertad enraizada en la obediencia⁹ es una “delicada combinación de esclavitud y señorío”¹⁰, y que las virtudes humanas no destruyen la naturaleza del hombre; por el contrario, sirven de asiento a las sobrenaturales¹¹.

De la institución matrimonial a la violencia

A pesar de que las telenovelas van eliminando el matrimonio como un final feliz, porque ya “no es una relación que dure mucho” y “ya no representa la felicidad”¹², el matrimonio es la roca sobre la que se asienta la familia, desde el que se puede aspirar a la plenitud de la santidad, como enseñó con tozudez el fundador del Opus Dei, en un tiempo donde esta aseveración se recibía con ciertas reservas. Todavía hoy existe una especie de restricción mental sobre este apartado, herencia, sin duda, de varios siglos.

El matrimonio se forma a partir de un hombre y una mujer unidos de por vida, como dice el texto bíblico original, al que debemos acudir si deseamos encontrar su verdad y significado. Su fin son los hijos, educados, es decir, listos para el cielo. El amor

⁵ Cfr. Ratzinger, J. *Imágenes de la Esperanza*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1998.

⁶ Cfr. Escrivá de Balaguer, J., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Ed. Rialp, 17a. ed., Madrid, 1989, n. 114.

⁷ Dürr, Otto, *Educación en la libertad*, Ediciones Rialp, Madrid, S. A., 1971, p. 37.

⁸ Escrivá de Balaguer, J., *Amigos de Dios*, Ed. Rialp, Madrid, 19a. ed., n. 35.

⁹ Cfr. Escrivá de Balaguer, J., *Es Cristo que pasa*, Ed. Rialp, Madrid, 28a. ed., 1991, n. 17.

¹⁰ *Ibid.*, n. 173.

¹¹ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 91.

¹² *El Universal*, 28 de agosto, 2001, p. E 11.

en el matrimonio es el cauce por el que discurre la libertad que va en búsqueda del bien del otro. En realidad es el encuentro de dos libertades. Sin libertad se extingue el amor. El amor es social. El egoísmo cuaja cuando se encharca la libertad en uno mismo, cuando no fluye al otro. Es el principio del fin porque impide llegar a los verdaderos fines. Asistimos, entonces, al nacimiento del individualismo. El beato Josemaría, defensor acérrimo de la libertad personal, se refería a este punto de una manera harto gráfica: “No ceguéis las fuentes de la vida”, decía con vehemencia al dirigirse a los matrimonios ya en 1964, unos años antes de que el papa Pablo VI publicara la Encíclica *Humanae Vitae*, que fija la doctrina de la Iglesia sobre ese punto.

Para evaluar el papel del matrimonio en la sociedad y ver la preponderancia de la mujer en esta relación, conviene repasar los datos de algunos países¹³ y ver cómo, al violarse su naturaleza, surge la violencia más cruda, que se pueda infligir a los hijos. Esta violencia alcanza su zenit conforme la convivencia conyugal más se aparta de la configuración jurídica matrimonial. A partir de este punto, los brotes de violencia familiar se extienden fuera de su ámbito, con un efecto social multiplicador notable.

Por ejemplo, el hijo de una mujer que cohabite tiene más de 70 veces la probabilidad de sufrir agresiones fatales que el de una pareja normal unida en matrimonio. Asimismo, la prole de un padre biológico que viva solo, tiene 27 veces más la probabilidad de sufrir este tipo de violencia extrema que la de un matrimonio. La frecuencia de actos violentos graves, aumenta a 18 veces cuando los hijos viven con sus padres biológicos, pero éstos no están casados. En el caso de una madre soltera, el peligro de violencia mortal para el hijo se incrementa en nueve veces más que el habido en una situación de matrimonio.

Si ahora nos vamos al caso del aborto, que es la más abominable de las violencias, éste ocurre cinco veces más entre madres solteras que en quienes están casados. Anualmente, en todo el mundo, se pueden dar más de 50 millones de abortos, una cifra estimada que puede superar tal vez la suma de todos los muertos en la historia de las guerras desde Abel hasta nuestros días.

El problema mayor de esta violencia es que anida en el corazón de los hijos, y se perpetúa en la sociedad con un efecto multiplicador imparable. Por cada hijo encarcelado en el estado de Wisconsin, por ejemplo, proveniente de padres casados, se encarcelan 22 hijos de padres biológicos, que nunca contrajeron matrimonio.

A la luz de estos datos, podemos deducir que el matrimonio, instituido desde el principio para la propagación y educación de los hijos, independientemente de las creencias personales, es un factor de estabilidad social, cuya unión de un hombre y una mujer se aprueba por el 83% de la opinión mundial y coincide con el mandato original. Vemos que la violencia irrumpe en la sociedad, en buena medida, por el deterioro de la vida matrimonial, aunque resulta más cómodo echar la culpa de la creciente insensibilidad y violencia no a la vida matrimonial, sino a la institución matrimonial en sí o a los medios de comunicación, porque ello permite seguir con el mismo estilo de vida.

Parece ser como si el barro del hombre, en el matrimonio, al cocerse con el barro de la mujer, se fragua y forma un vaso, un recipiente firme para durar siempre. Sin embargo, cuando esta vasija se agrieta por el mal uso, se agostan los bienes, se escurre el

¹³ Fagan, Patrick F., *The American Family: Rebuilding Society's Most Important Institution*, en *Issues 2000: The Candidate's Briefing Book*, 2001. <http://www.heritage.org/issues>

amor y, lo que es más dramático, surge la violencia en la sociedad. Lo que estaba destinado a ser camino de santidad, se convierte, al pervertirse, en foco de contaminación social de la peor suerte.

La institución familiar, la más rentable

Gary Becker recibía el premio Nobel de Economía en 1992, por contribuir al esclarecimiento de cuál es la unidad de inversión más redituable de la sociedad. Creo que al mundo materialista en que nos movemos, debería interesarle esta proposición.

Su hallazgo sorprendente fue que invertir en la familia, es la más rentable de las inversiones. El prestigioso investigador de la llamada escuela de Chicago en el tema del “capital humano”, demostraba que este recurso se generaba mejor y más económicamente en la familia.

De acuerdo con este dato, la primera obligación de cualquier estado que se ocupe verdaderamente por el bien común de su país, debería comenzar por una revisión del estatus de la familia.

La familia es un proyecto de libertad moral a largo plazo; de ahí los réditos en su inversión. Sólo las cosas no-consumibles pueden producir frutos. Esto significa que la familia es el verdadero sitio de la educación. Los rendimientos se maximizan –como ya hemos visto– cuando la familia se asienta sobre la roca firme del matrimonio. Sin embargo, esto no ocurre de manera automática. Si esta roca se tambalea, la familia se desmorona, y se convierte en una secuela de cargas sociales, de consecuencias económicas y morales catastróficas para el país. Entonces, la perseverancia matrimonial y el cuidado de la familia no son algo opcional, como los semáforos para algunos, sino la base del gran edificio de la sociedad.

Es en este centro único de formación humana y social en donde encontramos la extraordinaria valía del trabajo de la mujer en el hogar, sobre el que comenta el fundador del Opus Dei: “La labor de la mujer en su casa no sólo es en sí misma una función social, sino que puede ser fácilmente la función social de mayor proyección”¹⁴.

El problema de la fe

La fe es luz para la ciencia e incluso para la política. La libertad científica se encuentra necesariamente con la verdad. Y la prudencia política es una acción directiva, que opta por el bien común. En ambos casos, la fe es el acicate porque la verdad y el bien son las dos caras de la misma moneda.

El mayor desastre para la persona y la sociedad viene de la falta de fe. Sin ella, no hay trascendencia. Si jugamos con la idea de Kierkegaard, compondríamos la frase siguiente: muerta la esperanza, las puertas sólo se abrirían hacia dentro. Todo acabaría en un agujero negro, sin salida. Esta es la manera ideal para caer en el activismo sin solucionar problema alguno, porque se tiende a equivocar fines y medios, tomando a éstos por aquéllos.

¹⁴ Del Portillo, Alvaro et al., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, EUNSA, Pamplona, 2a. ed., 1977, p. 90.

El fracaso humano, de acuerdo con Leonardo Polo, aparece por la falta de coherencia entre motivos y fines¹⁵, que es la corrupción¹⁶. Por eso dice Escrivá de Balaguer: “No podrá hacer nunca recto uso de la inteligencia y de la libertad... quien carezca de suficiente formación cristiana”. “Sólo cuando los hombres se acostumbran a decir y a oír la verdad, habrá comprensión y concordia”¹⁷.

Podríamos continuar citando sin reservas las ideas del fundador de la Obra, que ayudan a tomar perspectiva poniendo las instituciones originales de las que venimos hablando en su sitio, en un momento en donde los hombres se sienten abrumados por la incertidumbre: “Salvarán este mundo nuestro –permitid que lo recuerde– no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciéndolo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta”¹⁸.

Si la democracia es el gobierno de los hombres libres, estos hombres libres dejarán de serlo si desconocen la verdad de su fin último. Y si a la religión se le suprime la fe, el vacío creado se llena de esoterismo y fanatismo, convirtiéndose en presa fácil de una causa política o del consumismo. De aquí que no haya educación sin religión¹⁹, como ha insistido el Magisterio de la Iglesia.

La capacidad de entrega

Ninguno de los fines propios del matrimonio, de la familia o de la fe, se pueden hacer realidad sin el desarrollo de una capacidad de entrega, que exige siempre sacrificio. El principal enemigo de la capacidad de entrega es el consumismo. Se deja de cumplir con lo debido, con los fines propios, para entretenerse en alternativas, que son medios, sin saber a dónde llevan.

Un antiguo miembro del tribunal de la Rota romana, Cormack Burke –a donde llegan, entre otros asuntos, los casos más espinosos del mundo en términos de conflictos matrimoniales–, me comentaba que el denominador común de todas las causas matrimoniales en controversia consistía en querer llegar al Tabor, a la complacencia, sin pasar por el sacrificio. Esta era el principal motivo para su ruptura. A este respecto, comenta Mons. Escrivá: “El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por la Cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con Él no cabe la tristeza”²⁰.

Esta es una idea madre, de la que no se habla lo suficiente o tal vez nada. Este silencio sobre lo esencial conduce a buscar satisfacciones pasajeras en las cosas o en las personas cuando surge la dificultad, que distrae de los verdaderos fines y causan la ruina. Una familia así resulta enrarecida, se desdibuja su ser y ocurre que, al alterar sus fines

¹⁵ Polo, L., *Ética: Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, AEDOS, Unión Editorial, Madrid, 1966, p. 181.

¹⁶ *Ibid.*, p. 193.

¹⁷ *Ibid.*, p. 68.

¹⁸ Del Portillo, A. et al., op. c, p. 74.

¹⁹ Cfr. Pío XII, Papal allocution to the Postmaster General and other authorities of the United States, July 20, 1946.

²⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 176.

arbitrariamente, se torna en otra cosa y empieza a ser apetecida por quienes por definición no pueden ser jamás ni matrimonio ni familia.

Si esto ocurre a nivel familia, la escuela también se debilita en sus fines, y la educación se queda en un simple medio para competir y triunfar en la vida, aun a costa de los demás.

Las personas encargadas del desarrollo de los pueblos suelen mostrar un cierto desánimo cuando los jóvenes de un país no eligen para sí las profesiones que, según ellos, serían necesarias para lograr el progreso deseado.

Parece como si la juventud, aun desconociendo la historia, al percibir este ambiente, desconfiara profundamente de las razones de Estado que pronostican un bien a futuro, que ven incierto. La esperanza de lo mejor, montada en un programa técnico, no es suficiente para acallar las voces de un vacío espiritual que busca en el presente el sentido de la vida, una vida que, al habersele negado la trascendencia a cambio de progreso, buscó apasionadamente la manera de vivir al margen de toda consideración moral; por tanto, al reducirse lo espiritual a la vida presente, no hay ya ninguna razón para suprimirla también a ésta si en un determinado momento se convirtiese en un obstáculo para la pretendida felicidad. Así se incubaba la “cultura de la muerte”.

Pero, la ambigüedad a la hora de concretar políticas, se sigue dando. Por ejemplo²¹, como el tabaco daña la salud, se permite realizar campañas con fondos públicos para que los jóvenes no comiencen a fumar o dejen de hacerlo; sin embargo, aunque sí conocemos todos la bonanza social de la guarda de la virginidad y de la fidelidad matrimonial, no se mueve ni siquiera un dedo a su favor. Muchos jóvenes serían capaces de guardar su virginidad, si quisiéramos crear el ambiente necesario para que estas alternativas se considerasen por lo menos como una opción, aunque muchos otros no lo hicieran.

No se trata de quitar la libertad a nadie, sino de orientar hacia metas más eficaces, incluso socialmente hablando, aunque una propuesta magnánima de este tipo ha de despertar, sin duda, sospechas, porque es contraria a ese “optimismo obligatorio”²² del momento presente, basado en la idea de que el bien se encuentra sólo a un paso, sin la necesidad de la fe en un futuro trascendente.

En *Camino*²³ leemos que a veces los hombres públicos cuelgan su sombrero de hombres católicos cuando se adentran en el parlamento, con el consiguiente escándalo y confusión para los ciudadanos. Si los legisladores de los países tomaran nota de estos datos, propondrían, por lo menos, que se empezaran a llevar estadísticas de las causas reales del deterioro social y de la corrupción social, y veríamos nítidamente, cómo el matrimonio, la familia, y la fe son los principales actores del bienestar social.

Leonardo Polo manifiesta que la masificación no es sino el “balance penoso de las omisiones de los hombres”²⁴, que han perdido su individualidad, fermento de una cadena de graves desgracias sociales.

Y es que cuesta, como proponía el fundador del Opus Dei “ser amigos de la verdad”, porque la verdad implica, compromete a emplearla en una causa justa.

²¹ Buena parte de las ideas de este párrafo se pueden encontrar en el trabajo de Patrick Fagan, antes citado.

²² Cfr. Ratzinger, J., *Una mirada a Europa*, Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1993,

²³ *Camino*, nn. 353 y 400.

²⁴ Yepes S., Ricardo, *Las claves del consumismo*, Libros MC, Madrid 1989, p. 65.

Conclusión

El humanismo cristiano compromete al hombre con la verdad, en su búsqueda y en su vida. Por eso se va a buscar en los orígenes de las cosas su razón de ser, y se encuentran así los criterios idóneos para resolver los problemas actuales.

Esa fue la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer. A partir de la fe, que es don divino, iba descubriendo en los lugares apropiados, al principio, la esencialidad del trabajo para la santidad del cristiano, abriendo de esta manera, el camino de la felicidad a millones de almas de toda condición social y raza, que aprendieron a vivir en familia, como célibes o como casados, la grandeza encerrada en lo ordinario de cada día, de cara a Dios y de cara a los hombres, entregándolo todo.

CARLOS SÁNCHEZ ILUNDAIN. Licenciado en Periodismo por la Universidad de Navarra. Maestría en la Universidad de Minnesota. Doctorado en la Universidad de Wisconsin. Promotor y Director en diversas iniciativas educativas. Director de la Facultad de Comunicación de la Universidad Panamericana, México.